

# EL EVANGELIO DE LA VERDAD

## De la verdad de las Escrituras a la concepción cristiana de la verdad

*Marcelo Horacio Labèque*  
*Universidad Católica Argentina*

### Introducción

Hablar, como lo hacemos aquí, del “evangelio de la verdad”<sup>1</sup> significa hablar de una “palabra de la verdad” (2 Tim 2,5) que la Iglesia anuncia pero sobre todo de la identificación de Jesucristo, por un lado, con la verdad (Jn 14,6) y, por otro, con la “buena nueva” anunciada (Mc 1,1): por ello “evangelio de la verdad” y “evangelio de Jesucristo” son expresiones intercambiables y no solamente para indicar la verdad del anuncio y su contenido sino también y principalmente para indicar que la “verdad de Dios” (Rom 1,25) se encuentra presente de modo absoluto en Jesús de Nazaret muerto y resucitado. Ese Jesús sin embargo no nos es plenamente accesible sino a través del testimonio de la Tradición y la Escritura y bajo la guía del magisterio eclesial. En nuestra exploración privilegiamos el acceso al “evangelio de la verdad” por el camino de las Escrituras las que, en su doble momento de antigua y nueva alianza - y en su mutuo iluminarse - dan testimonio en la Iglesia de la única verdad central de Jesucristo: ellas son ambas, cada cual a su modo, anuncio de la buena nueva de (que es) Jesús.

### 1. La verdad según las Escrituras

#### a. El Antiguo Testamento.

La concepción de la verdad<sup>2</sup> en el AT se apoya en la significación del término más empleado (*emet*, traducido las más de las veces como *alétheia* por los LXX) el

---

<sup>1</sup>Cf. Col 1,5; en varios textos paulinos “verdad” y “evangelio” se identifican: vid. POTTERIE, I. DE LA *La vérité dans Saint Jean* Rome Biblical Institute Press, 1977 p.48 ; la expresión “evangelio de la verdad” no aparece en las SE, siendo Pablo quien habla más bien de “la verdad del evangelio” como sucede en Gal 2,5 y 2,14.

<sup>2</sup>Nos guiamos en este tema por los artículos “Verdad” de I. de la Potterie y “Fidelidad” de C. Spicq y M.-F. Lacan en LÉON-DUFOUR, X. *Vocabulario de Teología bíblica* (en adelante VTB) Barcelona, 1985 pp.930-935 y 338-340 resp., así como “Verdad” [a]lh/qeia de H.-G. Link publicado en COENEN, L.-BEYREUTHER, E.-BIETENHARD, H. *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* (4 vol) (en adelante DTNT) Ed. Sígueme, Salamanca, 1985. t.IV pp.333-344 y “*mn. firme, seguro*” de H. Wildberger en JEN-

que, por remitir a la raíz verbal *'mn*, está indicando un “ser seguro, firme, sólido”: de allí proviene, por ejemplo, el adjetivo verbal *'amén* por el que se confirma la verdad de una afirmación y por ello su validez. Al igual que *'emunah* - otro derivado de la misma raíz que es traducido por los LXX en general como *pístis* = fidelidad, fe - *'emet* - traducido las más de las veces por *alétheia* - designa el elemento de lo firme, lo estable, lo seguro, aplicable tanto a un “camino seguro” (Gn 24,48) como a una situación social estable y normal (Jer 14,13) pero también y sobre todo a una persona en la que se puede confiar y que es por tanto calificada de fiel y recta (Ex 18,21; Neh 7,2).

Nos encontramos aquí, pues, con un primer gran campo de significación de “verdad” en el AT<sup>3</sup>, según el cual podemos hablar de una visión “práctica” de la verdad y de una verdad que es básicamente entendida como “fidelidad”. Se está señalando con ello que ciertas cosas y personas son dignas de confianza -uno puede descansar apoyándose en ellas- ya que su firmeza se mantiene en el tiempo, manifestándose a su vez en el cumplimiento de sus promesas: el “fiel” es, en efecto, el que no nos defrauda en la realización de lo prometido. Además *'emet* se refiere, en última instancia, a cosas y especialmente a personas pero a través de hechos y realizaciones que se dan en el tiempo y por eso tiene una resonancia no solamente práctico-ética sino también experimental<sup>4</sup>; igualmente posee una impronta personal-relacional: verdadero es lo que se comporta con lealtad respecto de alguien, “... aquella conducta que cumple determinada esperanza o exigencia, la cual justifica una confianza dada”<sup>5</sup>. Aquel carácter práctico se pone particularmente de relieve con el uso de expresiones tales como “caminar en la

---

NI, E.-WESTERMANN, C. *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* (en adelante DTMAT) (2 vol) Ed. Cristiandad, Madrid, 1978 t.1 pp.276-319. Tendremos además en cuenta aquí y a lo largo de este trabajo diversos artículos de esas obras y de SPICQ, C. *Lectionnaire théologique du Nouveau Testament* (en adelante Lth NT) Fribourg Suisse, 1991. NB: los textos bíblicos citados entre paréntesis son las más de las veces únicamente la referencia más importante sobre la cuestión o un ejemplo relevante.

<sup>3</sup>Nos concentramos aquí, por razones de espacio, en el significado de *'emet* suponiendo cuanto tiene en común como *'emunah*: vid. H.G. Link *art. cit.* p.334.

<sup>4</sup>Esta referencia a “los hechos” se muestra como capital en la visión escrituraria de “verdad”. Como señala el mismo Link tanto *'emunah* como *'emet* en contexto jurídico designan una “realidad efectiva”, sea que se prueben los dichos por la verdad de los hechos sea que éstos sean verificación del derecho; en tal sentido y por otro lado *'emet* dirá relación al futuro: una afirmación es verdadera -esto sucede particularmente con la palabra profética- cuando queda corroborada por los hechos (*art. cit.* pp. 334-335).

<sup>5</sup>Von Soden, H. *Was ist Wahrheit?* 1927 en *Urchristentum und Geschichte* I. 1951, 1ss. citado por Link en *art.cit.* p.334.

verdad” (1 Rey 2,4), “hacer la verdad” (1Sam 2,6) siendo “guardar la verdad”(Sal 146,6) equivalente a “cumplir una promesa”.

En el AT se hablará de la ‘emet de Dios como de su atributo mayor (Ex 34,6) el que es asociado con frecuencia a su bondad paternal (*hésed*); se quiere aludir con ello a su fidelidad a la alianza y referirse a su conducta en los hechos históricos, tanto pasados como presentes y futuros (Deut 7,9; 32,4; Sal 31,6; Is 49,7). Más aún: “Dios es la ‘roca’ de Israel (Deut 32,4); este nombre simboliza su inmutable fidelidad, la verdad de sus palabras, la solidez de sus promesas”<sup>6</sup>. Por otra parte se habla de la ‘emet del hombre: ella es exigida por Dios a su pueblo (Jos 24,14), especialmente a sus sacerdotes (1Sam 2,35). Ahora bien: “[s]i Abraham y Moisés son ejemplos de fidelidad (Neh 9,8; Ecli 45,4) Israel en su conjunto imita la infidelidad de la generación del desierto (Sal 78,8ss 36s.; 106,6)...Israel, escogido por Dios para ser su testigo, no fue, pues, un servidor fiel, permaneció ciego y sordo (Is 42,18ss). Pero Dios eligió a otro siervo, en quien depositó su espíritu (Is 42,1ss);...este elegido proclama fielmente la justicia, sin que las pruebas puedan hacerlo infiel a su misión (Is 50,4-7)”<sup>7</sup>. En tal sentido se puede sostener que el AT contiene el anuncio de una definitiva y plena fidelidad del hombre -representado por Israel y éste por el misterioso “siervo” de Isaías- a Dios, el anuncio de una “nueva alianza”(Jer 31,31ss) fruto a su vez de la fidelidad de Dios mismo<sup>8</sup>. Pero la “verdad práctica” expresada por la “‘emet-fidelidad” se extiende en Israel de un modo muy especial a los actos religiosos, hasta el punto en que cabría hablar de “verdad del culto” como una concreción histórica de la fidelidad del pueblo a Dios. Esto significa en primer lugar que Israel está llamado, desde el comienzo de su existencia como pueblo, a servir a su Dios y dejar de servir a otros dioses (Ex 34,14)<sup>9</sup>, a servirlo en la verdad (1Sam 12,24); con el tiempo y particularmente a través de los profetas el Dios de Israel se manifestará como el “verdade-

<sup>6</sup>“Sus palabras no pasan (Is 40,8), sus promesas son mantenidas (Tob 14,4); Dios no miente ni se retracta (Num 23,19); su designio se ejecuta (Is 25,1) por el poder de su palabra que, salida de su boca, no vuelve sino después de haber cumplido su misión (Is 55,11); Dios no varía (Mal 3,6)”: C. Spicq y M.-F. Lacan en *art.cit* p.338.

<sup>7</sup>*Id.* p.339.

<sup>8</sup> “En efecto, sólo Dios puede convertir a su pueblo infiel... haciendo germinar de la tierra la fidelidad que debe ser su fruto (Sal 85,5,11ss.)”(Ib.)

<sup>9</sup>De la raíz hebrea ‘bd (“servir”) proviene ‘aboda “culto”, indicando justamente la idea de “servicio cultural” (Vid. Westermann,C. ‘abaed en DTMAT 2 pp.239-262). Cf. para todo este tema los artículos de M.-F. Lacan “Culto” en VTB pp.208-212 y de C. Wiéner “Ídolos” en *Id.* pp. 403-404.

ro Dios”(2 Cron 15,3: *elohi ‘emet* cf. Jer 10,10) opuesto a los “falsos dioses” de las naciones: la “verdad” de Dios viene así a indicar su carácter de único Dios, del único Dios “real” - de cara a los ídolos que son “nada”<sup>10</sup> - y por tanto capaz de obrar la liberación del pueblo (Sal 135 y part. Is 45,15-21). En segundo lugar, esto significa también que, dentro de Israel mismo, es necesario distinguir entre un “verdadero” y un “falso” culto mirando esta vez a las condiciones subjetivas del que lo realiza pues no hay culto verdadero si no hay respeto de la alianza y cumplimiento de la voluntad de Yahvé y por tanto correspondencia entre “lo exterior” y “lo interior”<sup>11</sup>. La fuerte crítica profética al falso culto apunta también y por último al anuncio de la instauración definitiva, en los últimos tiempos, tanto de un culto universal como de un culto nuevo al Dios de Israel (Is 45; 66,18-23; Zac 14,16-21); vale decir, a la realización histórica, adecuada y plena, en el culto correspondiente a la “nueva alianza” (Jer 31,31ss.), de una “verdad del culto” en el doble sentido que acabamos de señalar.

Ahora bien, cabe señalar un segundo gran sentido de la “*emet*” veterotestamentaria esta vez más relacionado con el “decir” y el “conocer” que con el “hacer” o “practicar”. Por una parte, en efecto, y en múltiples textos la verdad tiene que ver con el hablar<sup>12</sup> y con el juzgar<sup>13</sup>, relacionándose así con la veracidad y la justicia. Notemos además que el conocer la verdad en la Escritura hace referencia ante todo a la audición de la verdad y no hace referencia directa y principal, como sucede en el mundo de habla griega, a la visión<sup>14</sup>. Por otro lado y con un definido sentido teológico -y, podría decirse, como un atributo personificado- “la verdad” aparece como un don de Dios al hombre (Sal 43,3; 57,4; Miq 7,20) y en concreto como el conjunto de instrucciones y mandamientos divinos dados a Israel y recogidos en la Ley (Sal 119,142-151; Neh 9,13; Mal 2,6) como “palabra de Dios” que es “verdad”(Sal 119,160); ahora bien, esa idea

---

<sup>10</sup>Uno de los términos para indicar “ídolo” significa precisamente “nada” o “vanidad” (Is 66:3 41:29 Deut 32:21 1Rey 16:13 Sal 31:6 Jer 8:19).

<sup>11</sup>Cf. Miq 6,6-8; Os 6,6; Ecli 34, 18-20; Jer 6,20; Am 9, 4-5; Is 1, 10-15; Jer 7, 21-23; Prov 21,27; Jdt 16,16; Sal 50, 8-15.

<sup>12</sup>Es el caso del *dabar* de Dios que es *‘emet*: 2Sam 7,28; 1Rey 17,24; Sal 118,160; Jer 23,28; y el del hombre: 1Rey 22,16; Sal 15,2; Zac 8,16.

<sup>13</sup>Es el caso de los juicios *-mishpatim*; *ta krímata-* de Dios que son *‘emet-alétheia*: Sal 19,10; Tob 3,2,5; DnGr 3,27; así como los del hombre: Ez 18,8; Zac 7,9.

<sup>14</sup>Aquí se da una clara contraposición: cf. Dahn, K. “[o`ra,w]ver, aparecerse” en DTNT vol.4 pp.325-327. Puede sin embargo decirse, respetando el peso que el “escuchar” tiene en la Escritura, que en ella “ver” y “oír” forman una unidad (cf. Flender, O. “[a,vkou,w]Oír” en DTNT vol. 3 p.204).

de la verdad como palabra-don por su proximidad con las nociones de “ley” y de “sabiduría” -principalmente en los escritos sapienciales-, se acerca a la noción de “doctrina verdadera”, doctrina que - siempre con un tono ético-religioso - identifica a Israel de cara a los otros pueblos (Dn 8,12); pero sobre todo se acerca a la noción de “habitación” de la sabiduría de Dios en medio de su pueblo, de Dios operando la creación y la salvación en la historia (Ecli 24, 1-23; Prov 10-19). Además y especialmente en la literatura apocalíptica la verdad no solamente es “dada” sino también “revelada”, siendo lo revelado los planes o diseños secretos (LXX: *mystéria*), de Dios (Dn 2,28); indirectamente allí también la verdad se conecta con un “ver” (Dn 8,26). Finalmente se puede también detectar en el AT una idea de “verdad” diversa de las anteriores: ella se encuentra implícita en la concepción de un “modelo divino” o “celeste” y de una reproducción humana y temporal de dicho modelo tal cual se ve en Ex 25, 26.27. Lo que aquí sólo comienza a sugerirse es la distinción entre una “verdad original” o “primera” y una “verdad-reproducción” y por tanto “verdad segunda” o derivada. Veremos luego de qué modo esta sugerencia será desarrollada por algunos autores del NT<sup>15</sup>.

Se puede concluir con von Soden que “[lo] característico del concepto hebreo de verdad es, ante todo, que la verdad *no es solamente*, como para nosotros, algo sabido, dicho, oído o, en su caso, ignorado, ocultado o negado, sino algo que se realiza, que acontece”<sup>16</sup>. Lo más original de esta visión es ciertamente la cualidad de “realizada históricamente” de la verdad, el indicar con fuerza el aspecto “práctico”, “creativo” y “concreto” de la verdad y el mostrar con ello cómo se da en el devenir de la historia humana en donde Dios cumple sus promesas y en donde el hombre está llamado a cumplir con la alianza. Ahora bien, advirtiendo de paso que aquí se pone en

<sup>15</sup>Los LXX traducen el texto de Ex 25,9: kai. poiη,seij moi kata. pa,nta o[sa evgw, soi deiknu,w evn tw/| o;rei to. **para,deigma** th/j sknhh/j kai. to. **para,deigma** pa,ntwn tw/n skeuw/n αυθη/j ου[tw poiη,seij; la misma frase se reproduce casi exactamente en Ex 25,40. 26,30. 27,8. Num 8,4: en la mayoría de los casos, se traduce el hebreo **tynbt**(*tav<sup>e</sup>nit*=modelo, plan y también figura, forma) por el griego **para,deigma** aunque en otros - como Ex 26,30 donde la palabra no se encuentra pero se supone - se usa el griego *ei=doj* para traducir la misma idea de “conformidad” de lo que se debe realizar con lo “visto en el monte” por Moisés o con lo que ha sido mostrado por Dios en el monte como modelo. Vid et. 1Cron 28,11-12.19. Habrá que esperar sin embargo a Heb 8,2.5 y 9,24 para que se relacione expresamente la idea de un “modelo” o “concepción original” opuesta a su “realización” o “copia” con la idea de “verdad eterna” opuesta a “verdad pasajera”: ello tendrá que ver en efecto con la idea de superación de las realidades de la antigua alianza por las de la nueva; vid. *infra* p.7 nota n.23.

<sup>16</sup>O.c. en Link *art.cit.* p.335.

juego una concepción de “lo histórico” diversa de la predominante en el mundo de las “religiones arcaicas”<sup>17</sup>, es importante además señalar que se va gestando en el AT una visión amplia e integral de lo verdadero en la que no se oponen sino que, al menos idealmente, se armonizan y articulan una “verdad del conocimiento” -ciertamente, ante todo, del conocimiento por audición y por experiencia- y una “verdad del hacer”; lo hacen entre sí y especialmente con esa “verdad práctico-ética” que se manifiesta como el elemento definitorio de lo “verdadero”. Sin embargo, ello debe complementarse con la visión de la verdad como don de Dios al hombre, el que, bajo la forma de palabra eficaz, no solamente realiza en la historia del pueblo lo por Dios prometido - aquello con lo que Dios se comprometió en su fidelidad - sino que permite al pueblo - bajo forma de “ley” y “sabiduría” - el realizar en los hechos su propia fidelidad. Esto último conduce a mostrar algo que se da en el AT como base de todo lo anterior: la dramática tensión - hecha de distancia y proximidad - entre la “verdad-fidelidad” de Dios y la “verdad-fidelidad” del hombre en el interior de la alianza que el Señor quiere realizar con su pueblo. Por eso el AT se presenta, orientándose decididamente más allá de sí mismo, como anuncio de una fidelidad nueva y definitiva en una nueva y definitiva alianza.

### **b. El Nuevo Testamento**<sup>18</sup>

La perspectiva del NT tiene como elemento propio la afirmación del cumplimiento acabado de las promesas de Dios en Jesucristo, identificado por ello con la “verdad de Dios” pero también visto como “verdad del hombre”. En efecto Jesucristo es proclamado como la realización plena y acabada de la fidelidad de Dios al hombre y del hombre a Dios ya que en él se encuentran cumplidamente y de modo personal e histórico la Sabiduría, la Profecía y el Sacerdocio como definitiva realización de la

---

<sup>17</sup>Cf. p.e. ELIADE, M. *El mito del eterno retorno*. Arquetipos y repetición Ed. Emecé, Buenos Aires, 1952.

<sup>18</sup>Tal vez sea importante señalar de entrada que, desde el punto de vista de la exégesis, no parece que se pueda hablar estrictamente de un “paso” de la concepción de la verdad propia del Antiguo al Nuevo Testamento sin considerar la mediación de las corrientes de pensamiento propias del judaísmo palestino: así señala de La Potterie que “Hemos mostrado de modo suficiente que Juan no se conecta de modo directo ni al AT ni al mundo helenista; él es más bien heredero del judaísmo palestino, sobre todo de la corriente apocalíptica y sapiencial y de la tradición del dualismo escatológico. Allí se desarrolla esa noción de verdad-revelación que será retomada en el N.T., primeramente por un lado en San Pablo, luego más todavía en San Juan. Ahora bien, es esa concepción la que será desarrollada en la Tradición posterior y que llegará a ser *la concepción propiamente cristiana de la verdad*” (o.c. p.1022 cursiva del autor).

alianza en el mutuo don de Dios al hombre y del hombre a Dios en los órdenes del conocimiento, la acción ética y la acción cultural. Más aún: en la unidad de su ser y su acción se resuelve - porque se eleva a un nivel insospechado - la tensión entre la “verdad divina” y la “verdad humana”. Son las teologías paulina y joánica - junto con la de la carta a los Hebreos - las que ofrecen las más importante elaboraciones en tal sentido. Ellos se hallan en continuidad sin embargo con la teología de los sinópticos en lo se refiere particularmente a Jesús de Nazaret como aquél en quien se cumplen históricamente las expectativas y promesas del AT, anunciando los tiempos mesiánicos como realización efectiva de la “nueva y eterna alianza”.

Para Pablo la “verdad de Dios” indica, como en el AT, su lealtad y su fidelidad. Se supone así que la verdad es algo que debe ser realizado. Pero por otro lado la verdad es puesta en relación con el mensaje de Cristo y con la revelación de Dios: el evangelio es “palabra de la verdad” (Col 1,5) y la “verdad de Dios” es la “gloria del Dios inmortal” que se revela en Cristo como exigencia de obediencia y alabanza (Rom 1,18-25)<sup>19</sup>; en tal sentido se puede decir que la verdad “está en Jesús”(Ef 4,21)<sup>20</sup>. En las cartas pastorales, por otro lado, “verdad” viene a indicar la “recta enseñanza” de la doctrina cristiana (1Tim 1,10), tema por otra parte fuertemente relacionado con el de la fiel transmisión del anuncio evangélico. Además la fidelidad de la Ley de Moisés es declarada caduca ya que reemplazada por una nueva y definitiva fidelidad: la de Jesucristo y la de la fe en él (Rom *passim*). Por otro lado - y suponiendo el “hablar efectivo” de Dios por su Hijo en los “últimos tiempos”: cf. Heb 1,1 - en Heb 8 y 9 (vid. esp. 8, 2 y 9, 24) es retomada y trabajada la idea de “verdadero” como lo que es “modelo”, “duradero”- “definitivo” porque divino o “celestial” - opuesto ya no a lo “falso” sino a lo que es su “reproducción” (como “sombra” y “figura”) - “pasajera” porque “terrestre”- con una referencia explícita a los textos de Ex 25, 26 y 27 más arriba señalados<sup>21</sup>. Lo real y ver-

<sup>19</sup>Cf. Link, *art.cit.* pp.337-338.

<sup>20</sup>Cf. LA POTTERIE, I. DE “Jésus et la vérité d’après Eph 4,21” en *Analecta biblica* 18, Roma, 1963, pp.9-24.

<sup>21</sup>El acento de Heb está puesto, evidentemente, en el aspecto “pasajero” de lo terreno y “permanente” de lo celestial o divino: así en 8,1-2 se habla de Cristo como sumo sacerdote “sentado a la derecha del poder en los cielos” (avrciere,a( o]j evka,qisen evn dexia/| tou/ qro,nou th/j megalwsu,nhj evn toi/j ouvranoi/j) ministro de la “tienda verdadera” o “santuario verdadero” (tw/n a`gi,wn leitourgo.j kai. **th/j sknhh/j th/j avlhqinh/j**( h]n e;phxen o` ku,rioj( ouvka a;nqrwpojÅ) y en 9,24 de su entrada en el santuario celeste que es **tu,poj** del santuario terrestre, siendo éste solamente “figura-avnti,tupoj” del verdadero” (ouv ga.r eivj ceirpoi,hta eivsh/lqen a[gia Cristo,j( **avnti,tupa tw/n avlhqinw/n**( avllv eivj auvto.n to.n ouvrano,n( nu/n evmfanisqh/nai tw/| prosw,pw| tou/ qeou/ u`pe.r h`mw/n\)). Aquí es

dadero es ahora el sacerdocio de Cristo en quien se cumple y concluye el sacerdocio antiguo y se realiza la nueva y eterna alianza (9,15). Ahora bien: ello sucede no solamente en la fidelidad cúlrica al Dios único sino también y sobre todo en la fidelidad de la práctica ética: Jesús es el Sumo Sacerdote “fíel” (3,1-6) y “sin mancha” (7,26-28). La carta de Santiago nos habla de la “religión verdadera” también en ese sentido “moral” (1,19-27).

Pero es la literatura joánica en donde -retomando en gran parte todo el material vetero y neotestamentario- la idea neotestamentaria de verdad alcanza su significación decisiva: “...el carácter inconfundible de esta peculiar concepción de verdad está en que J[ua]n ya no sólo relaciona, como hiciera Pablo, el concepto de verdad con Cristo, sino que lo identifica con él”<sup>22</sup>. Ya en el prólogo de su evangelio se puede percibir el carácter personal e histórico de la verdad (una verdad que “se hace realidad” -*egéneto*- a través de Jesucristo: cf.1, 17), con la que más adelante Jesús se identificará, aliándola con las ideas de “camino” y “vida” (cf.14, 6 y 4, 24-26). Con todo su “ser verdad” no procede de él mismo sino del Padre: Jesús es la verdad del Padre “manifestada”, “explicitada” (el Logos interpreta al Padre: *exegésato*: cf.1, 18) en la visibilidad y concreción de la historia humana; ser verdad que no sólo hace que el anuncio de Jesús sea verdadero sino también sus obras y por último la entrega de su vida<sup>23</sup>. Como el mismo prólogo del evangelio de Juan nos lo muestra, en Jesús se hace pues efectivo - y más allá de toda expectativa - el cumplimiento de las promesas veterotestamentarias respecto de la verdad como acabada habitación de Dios en medio de su pueblo y de la historia por la Palabra hecha carne tangible, audible y visible; Palabra que, una vez aceptada, permite a los hombres llegar a ser, también de modo acabado, hijos de Dios. Juan hace

---

entonces patente la relación establecida entre el “modelo divino” y la idea de su eternidad y permanencia expresada como “verdad” esta vez en oposición a la “figura pasajera” del santuario “hecho por manos de hombre”; cf. al respecto VANHOYE, A. *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento* Sígueme Salamanca 1984 pp.181-219 y SPICQ, C. *L'épître aux Hébreux I-II* Gabalda, París 1952s. Sobre la contraposición del pensamiento de Heb en este punto con el platonismo vid. Vanhoye, A. *o.c.* p.225.

<sup>22</sup>*Id.* p. 339.

<sup>23</sup>Cf. *o.c.* p. 340. Las afirmaciones teológicas de Juan en torno a la verdad se centran en la proclamación de Cristo y del Espíritu como “verdad” (Jn 14,6; 1Jn 5,6); de Cristo sobre todo se afirma que es la “verdadera luz”(Jn 1,9), que está “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14) pudiendo asociarse su ser verdad con su ser “gracia” y “vida” (Jn 1,17;14,6); se dan por otro lado temas clave como el testimonio en favor de la verdad dado tanto por Cristo como por el Espíritu (Jn 18,37; Jn 15,26). Para estos y otros temas vid. POTTERIE, I. DE LA *O.c.*.

suya pues la concepción de la verdad del AT - verdad, como dijimos, que se da en el orden del conocimiento, de la práctica moral y del culto pero que es, ante todo, fidelidad en el don y en la aceptación del don - concentrando todos esos elementos en una realidad única e histórica: Jesús. Para explicitar esta “operación” convendría retomar aquí las grandes conclusiones que saca Ignace de la Potterie al final de su exhaustivo estudio acerca de la verdad en San Juan<sup>24</sup>.

Ante todo, señala de la Potterie, el pensamiento de Juan no se articula a partir de una identificación entre Dios y la verdad: “La verdad para Juan es una realidad *histórica*...pertenece a lo que los teólogos llaman la ‘economía’: la venida de la verdad es un *acontecimiento* fundamental en la historia de la revelación, el acontecimiento de gracia (Jn 1,17) que abre los tiempos escatológicos”<sup>25</sup>. Esto lleva a decir, en primer lugar que “[l]a verdad en San Juan, a diferencia de la *α)η/αεια* del platonismo, no es entonces la esencia divina... sino ante todo el Verbo eterno que vive en la presencia [auprès du] del Padre. Ella tiene su ‘lugar’ en el hombre Jesús... la vida humana de Jesús, su actitud filial, su sumisión al Padre, son la traducción y la imagen, en el plano de la historia, de la relación trascendente e intradivina entre el Hijo y el Padre”<sup>26</sup>. En segundo lugar hay que notar que la primera carta de Juan (5,6) afirma que “el Espíritu es la verdad”; ahora bien, “... la verdad a la que se aplica la acción del Espíritu no es otra que la verdad de Cristo mismo” a la cual el Espíritu conduce a los discípulos<sup>27</sup>. Por último conviene ha-

<sup>24</sup>Cf. *o.c.* en la nota precedente.

<sup>25</sup>*O.c.* vol.2 p.1010; había indicado en otro momento que en Juan “...si Cristo y el Espíritu son llamados *η(α)η/αεια* no es de ningún modo para decir que poseen el uno o el otro la naturaleza divina, la ‘realidad de lo divino’; el sentido de esos versículos [Jn 14,6; 1 Jn 5,6]es diferente: ellos se refieren esencialmente a la misión reveladora de Cristo y del Espíritu” (vol. 1 p.31). Se supone evidentemente que la “realidad de lo divino” se atribuye a ellos en Juan por otro camino (cf. id. pp.276-278 y 466-471). Vale la pena destacar de todos modos que la atribución de la verdad a Cristo y al Espíritu, si seguimos a de la Potterie, se encontrarían en Juan en la línea del *nomen personae* y no del *nomen essentiae* puesto que se hallan referidos a la misión de ambos y por tanto a las procesiones en Dios; más aún: se podría decir así que Cristo y el Espíritu son, cada uno a su modo, “verdad dada”, enviada por el Padre, antes que “verdad recibida” y por tanto origen de verdad. Sobre el “modo de ser verdad” de Cristo y del Espíritu vid. pp. 466-471.

<sup>26</sup>Id. pp.1011-1012.

<sup>27</sup>Id. p.1012. Dice más adelante: “La quinta y última promesa es la coronación de las precedentes ([Jn] 16,13-15): el Espíritu de la verdad introducirá a los discípulos en la verdad completa; les hará comprender en profundidad el misterio de Jesús y el sentido de su obra...La acción del Espíritu de la verdad tiene pues una estructura trinitaria: el Espíritu de la verdad conduce a Cristo-verdad y por él al Padre”(Id. p.1013). Por otro lado comenta: “Existe entonces... ‘un régimen pneumático de la verdad en el seno de la Iglesia’.

cer ver que para Juan “... la verdad es una realidad de aquí abajo, ligada a la Encarnación y destinada a los hombres para su salvación: es la revelación de Jesucristo, interiorizada por el Espíritu y haciéndose para el creyente el principio interior de su nueva vida... Esta acción de la verdad en la vida del cristiano se hace de acuerdo con dos movimientos complementarios... Un primer movimiento es el de la interiorización creciente de la verdad: la verdad de Jesús debe ser siempre y, cada vez más, asimilada por el creyente para que él pueda realizar su comunión con Dios... al mismo tiempo que este movimiento hacia el interior se desarrolla en él un movimiento en sentido inverso, un impulso hacia el exterior, hacia sus hermanos: la verdad es la revelación del amor; recibida en la fe, ella deviene la nueva ley del cristiano, el dinamismo profundo de todo su ser...”<sup>28</sup>. La verdad como gracia nos es dada tanto en Cristo como en el Espíritu<sup>29</sup>: en un caso, podríamos decir, como rostro visible e histórico de la verdad de Dios, en el otro, como la verdad en nosotros mismos -la Iglesia- porque vida de Dios que nos asimila a Cristo y principio invisible de permanente interiorización y exteriorización de la verdad, de “operación” de la verdad de Dios en nosotros, y del hacernos, “contemporáneos de la verdad”. No conviene descuidar por último los temas joánicos de los contrarios de la verdad, los que son expresados como “mentira”, “error” (en el sentido de “descarrío”) y “pecado”, situados en el marco del “dualismo escatológico” establecido

---

Él se caracteriza a la vez por una búsqueda de la comprensión de la verdad de Jesús, por la interiorización progresiva de la verdad y por lo que Newman llamaba el desarrollo, la germinación, la maduración de la verdad. Este esfuerzo hacia la plenitud de la verdad bajo la acción del Espíritu, constituye la ley profunda del pueblo de Dios, su dinamismo secreto a lo largo de su caminar escatológico” (Id. pp. 1013-1014).

<sup>28</sup>Id. p. 1014. En tal sentido una fórmula clave de Juan es “hacer la verdad” (Jn 3,21; 1 Jn 1,6), lo que supone ese doble movimiento de ir hacia Cristo y hacia los hermanos, “haciendo suya la verdad” en la caridad (cf. p. 1015); con todo, señala nuestro autor, “Lo esencial es la acción de la verdad en nosotros; pero ella requiere nuestra cooperación... Por ello ‘llegar a ser cooperador de la verdad’ [cf. 3Jn 1,8] para Juan, es verdaderamente, se podría decir, la actitud cristiana fundamental” (cf. p. 1018); para las diversas y ricas fórmulas joánicas como “conocer la verdad” (Jn 8,32.36), “estar la verdad en alguien”(8,44) y “ser de[sde] la verdad” (1 Jn 3,19), “andar en la verdad” (2 Jn 1,4), “amar en la verdad”(3Jn 1,1.), “adorar en la verdad” (Jn 4,23.24), “consagrar en la verdad” (Jn 17,17.19) vid. pp. 1014-1019. Es claramente detectable en estas expresiones, nos parece, la presencia -aunque no perfectamente aislable en cada caso- de un aspecto cognoscitivo, un aspecto ético y otro simbólico de la verdad, tanto en Cristo y el Espíritu como en el cristiano.

<sup>29</sup>Cf *o.c.* pp. 466-471. Notemos además que allí mismo de la *Potterie* lee Jn 1,14 como “lleno de la gracia de la verdad” (pp.158-210). Por otro lado el paralelismo “Ley-verdad” de Jn 1,17, siendo interpretado como sintético-progresivo, hace ver mejor la idea de un Jesús que “cumple la Ley” a la vez reemplándola y llevándola a la plenitud de su “ser verdad” (pp.117-157).

entre “luz” y “tinieblas”, “vida” y “muerte”; ahora bien: Juan piensa esas nociones en clave cristológica, básicamente como rechazo del don de la verdad que debería ser acogido en la fe. De allí que la victoria sobre el mal sea una victoria de la fe (1Jn 5,4)<sup>30</sup>.

## 2. La verdad en los dos testamentos y la concepción cristiana de “verdad”<sup>31</sup>

De todo lo anterior se puede concluir que son varios los aspectos principales - ciertamente inseparables y reclamándose unos a otros - entre los que se mueve la idea que la SE se hace de la verdad y lo verdadero. Por un lado, lo verdadero no solamente es algo que se “escucha”, se “ve” o “contempla” y “se dice” sino también y sobre todo es algo que “se hace” o “pone por obra”. Por otro lado convendría señalar un tercer aspecto determinado por una área particular que mira tanto al “conocer” como al “hacer”: la Escritura, al referirse a un “culto verdadero”, apunta a la idea de una “verdad del culto” que no parece reducible a las otras dos modalidades de “verdad”<sup>32</sup>. Finalmente se da en la Escritura - ciertamente con menos amplitud pero no por ello con menos peso - una modalidad de lo verdadero según la cual ya no se supone la contraposición de lo verdadero a lo falso, a lo no cumplido y a lo no conforme en el orden simbólico-cultural sino que, en el orden de lo verdadero mismo, se distinguen una “verdad original-celeste” y una “verdad terrena” que es “copia” o “reproducción derivada” de la primera.

---

<sup>30</sup>Cf. *o.c.* pp.1018-1019.

<sup>31</sup>Respecto de las dificultades planteadas por el problema del “paso” de la concepción bíblica, particularmente la neotestamentaria, de “verdad” a la concepción propia de la Tradición cristiana vid. las consideraciones de de la Potterie en *o.c.* pp. 1019ss y la bibliografía allí citada. Es evidente por otra parte que no pretendemos aquí sino mostrar los que nos parecen los elementos esenciales de dicha “concepción”. Retomando en tiempos más recientes aunque bajo otro ángulo el tema de una “concepción de la verdad” vid. Kreiner, A. *Ende der Wahrheit? Zum Wahrheitverständnis in Philosophie und Theologie*. Herder Freiburg-Basel-Wien 1992.

<sup>32</sup>Esto es, no sólo no reducible al área del “escuchar-decir” sino tampoco al área de la “práctica” en cuanto ésta implica una calificación moral directa. Es por un lado evidente que para la concepción judeocristiana de la religión los actos de culto no pueden ser considerados como actos simplemente morales: hay una afirmación del valor del culto en sí mismo, más allá de sus calificaciones morales; lo cual no quita para nada la necesidad de una calificación moral indirecta de los actos de culto que no por ser indirecta no deja de afectarlos intrínsecamente; la crítica profética (también de Jesús) al culto sin interioridad ni respeto a la alianza se desvanecería en el aire si supusiera un reemplazo liso y llano del culto por cualquier acción moral.

Ahora bien, en todas éstas áreas la idea de “verdad” y “verdadero” parece remitir a una idea de base que es la siguiente: se supone una cierta relación de “con-formidad” o “co-respondencia” entre dos cosas o elementos, siendo a la vez uno de los elementos el que aporta solidez, firmeza, estabilidad y sustento al otro pero dándose también, aunque no en todos los casos un “mutuo confirmarse”. Esto sucede de modo diverso en cada uno de los aspectos antes mencionados de “lo verdadero”: así en el caso del “escuchar-decir-ver verdadero”, “lo sucedido” - “lo real” - es confirmado - deviene firme - por el testimonio del que habla, dice o ve; inversamente, en el caso del “obrar-cumplir verdadero” son las palabras, cosas vistas u oídas las que devienen “firmes” - confirmadas- por los hechos reales; por otra parte en el orden de lo cúllico -y más ampliamente, de lo simbólico<sup>33</sup> en general- parece apuntarse a la integración de los anteriores aspectos y más todavía a una especie de “superación sin negación” de ellos: allí se encontraría en efecto implicada la necesidad -para una “verdad plena”- de una “solidez” mayor que la de una palabra o manifestación “temporal” y la de un cumplimiento “temporal”; siendo que a la vez la “conformidad” y la “firmeza” del símbolo religioso no se sostiene sino en relación con la mutuo confirmarse y conformarse que la palabra recibida y la palabra cumplida guardan entre sí y con lo simbólico mismo. De esta manera se remite al último sentido de “verdad”, según el cual toda solidez terrena y humana depende de su conformidad con la “solidez” original y divina que la constituye en sí misma desde una gratuidad absoluta y, según el cual, también, toda solidez terrena y humana se articula - como verdad humana del conocimiento y de la acción - siempre en referencia central al “decir” y “hacer” peculiares del “símbolo”.

Pero hasta aquí no se describe en realidad sino el carácter “formal” de la concepción de verdad. Lo más propio de la concepción escrituraria de verdad sería el empleo que ella hace de estas múltiples posibilidades de acuerdo con la experiencia religiosa que se transmite. Ahora bien en el centro de esa experiencia se encuentra el Dios de Israel, el que por un lado es “fiel-verdadero” en sí mismo<sup>34</sup>, esto es, inmuta-

---

<sup>33</sup>No se considera aquí como “símbolo” sólo el universo simbólico “religioso” ni tampoco sólo el universo de los símbolos que podrían llamarse “arbitrarios”: para la Escritura “símbolo” tiene un alcance más amplio y al mismo tiempo más hondo; cf. GIRARD, M. *Les symboles dans la Bible*. Essai de théologie biblique enraciné dans l’expérience humaine universelle Ed. Bellarmin-Du Cerf, Montréal-Paris, 1991, esp. pp.31-99.

<sup>34</sup>No puede afirmarse en tal sentido que Israel no aplique a Dios la “cualidad” de verdadero en sí mismo lo cual haría imposible hasta el simple referirse a Dios mismo y conduciría por otro lado a ligar a Dios con sus obras; otra cosa es que se piense que esas afirmaciones son metafísicamente explícitas.

ble en sus designios de amor, incapaz de contradecirse en ese mismo amor y, de modo inseparable - porque la posibilidad de afirmar lo primero proviene de la experiencia histórica de Israel - fiel en las maravillas que él hace por su pueblo. Las obras de Dios - la redención de Israel pero también la entera obra creadora - son el signo y la efectivización histórica y concreta de lo que Dios mismo es. Hay así en él una doble conformidad: consigo mismo y con los hombres; el “tono” total de dicha conformidad es siempre histórico-relacional pero también se encuentra siempre y necesariamente referido - a través del universo de los símbolos y el carácter simbólico de los acontecimientos - a un misterio que trasciende la historia<sup>35</sup>. Son entonces sobre todo los acontecimientos salvadores y las realidades salvadoras de ellos derivadas - en última instancia, la entera creación - los que se presentan como “conformes” con los designios o planes de Dios mientras que éstos se manifiestan como “conformantes”. A la vez se puede - como lo hace la literatura sapiencial - transponer al orden de lo divino la conformidad entre Dios y sus designios: la verdad está en la historia pero a la vez escapa a ella puesto que pertenece en su fuente al orden de las realidades divinas, suponiendo una especie de “autoconformidad” en Dios mismo. Es de notar además que Israel como pueblo santo es visto, a pesar de sus repetidas infidelidades, como lugar de la habitación de Dios en la historia: se anuncia por tanto ya la paradoja de la verdad absoluta residiendo en el tiempo y la realidad humanas. Con todo la historia de Israel (y con ella la historia de la humanidad y la creación) es vista - y aquí juegan un papel esencial el pecado y el mal - como en permanente gestación: se espera la plenitud de los tiempos, una intervención definitiva de Dios en la historia que tendrá como fruto una creación-redención también definitivas en la que de una vez y

---

<sup>35</sup>En esta referencia precisamente cobra sentido el “conocer”, el “decir”, “transmitir”, “enseñar” la verdad, es decir, considerando todo “contenido” -enseñanza y/o norma- como viniendo de lo histórico y yendo a lo histórico y pudiendo hacerlo porque se supera a lo histórico en su facticidad; repitamos la idea: para la fe de Israel la historia no es un simple “acontecer” sino un acontecer impregnado de misterio, continente de un misterio que a su vez lo contiene. Esta visión de las cosas se manifestaría así como algo muy diverso de una pura “*applicatio*” de la enseñanza y la norma a las realidades históricas sin mediación de la experiencia y la práctica pero también como algo muy diverso de una pura relación de historia a historia (y de experiencia a experiencia, de *praxis* a *praxis*...) sin la mediación de la enseñanza y la norma transmitidas. Ya Israel es bien consciente de que es imposible “caminar en la verdad” si no se es fiel a la experiencia histórica que lo constituye como pueblo - básicamente la pasqua del éxodo - y a la vez a las enseñanzas y normas de vida (morales y culturales) que de esa experiencia se derivan y con esa experiencia conectan a las múltiples generaciones de israelitas a través, ciertamente, de otras experiencias y sus sucesivas lecturas.

para siempre se anulará la “dis-conformidad” que reina entre los designios de Dios y los del hombre representada por las permanentes rupturas de la alianza.

El Nuevo Testamento, empleando el “material” y la “estructura” de la concepción de verdad del Antiguo Testamento, es portador de lo que cabe llamar la concepción cristiana de la verdad. Ello no solamente supone la recepción de aquel “material” y de dicha “estructura” sino también y, sobre todo, la aseveración de la realización histórica y cumplimiento histórico de lo que en Israel sólo se daba como contenido prometido. En efecto, la concepción cristiana de la verdad se halla enteramente concentrada en la afirmación de Jesús de Nazareth, muerto y resucitado, como lugar histórico absoluto de la verdad de Dios y de la verdad del hombre<sup>36</sup>. Con ello se está por un lado respondiendo a las expectativas de la Antigua Alianza respecto de la verdad: allí se concretiza de modo definitivo - podríamos decir: se hace acabadamente firme y sólida - la verdad-fidelidad de Dios que acaba su obra creadora-redentora: toda la verdad de Dios se dice y se hace en Jesucristo, su Palabra creadora que expresa a Dios en la historia (economía de la salvación) introduciendo allí a Dios y su misterio (teología de la salvación) de modo pleno y perfecto y por ello llevando la historia a Dios. Por otra parte, en él se “verifica” toda la “verdad del hombre” ya que en él toda la humanidad - y con ella la creación - puede responder a Dios con una fidelidad sin fallas en el interior de una nueva y esta vez eterna alianza. Todo lo cual es posible por el envío del “Espíritu de la verdad” que se ocupa de hacer que los hombres “sean en la verdad” porque, conformes y conformados con Cristo, pertenecen a Cristo. Se puede decir que en Cristo se da en primer lugar, la perfecta conformidad de Dios consigo mismo en el tiempo y a la vez más allá del tiempo: se trata, de alguna manera, del “cumplimiento de Dios” por el Hijo y el Espíritu. Pero también se da la perfecta conformidad del hombre - y con él de la creación entera - con Dios ya que el hombre deviene capaz de obrar la verdad en Cristo y por el Espíritu. Al aceptar que “Cristo-verdad” es una “verdad conformante” por la que Dios modela al hombre y la historia y por la que el hombre está llamado a ser transformado y transfigurado debe aceptarse a la vez y con carácter primordial el carácter de “conformada” que tiene la Verdad que es Jesús: se pone así a la “gracia de la verdad” en el centro mismo de la concepción cristiana de lo verdadero. En ella “verdad” equivale sí a “realidad” pero en primer lugar a la realidad histórica de las promesas cumplidas en Jesucristo la que

---

<sup>36</sup> Cf. DE LA POTTERIE, I. “Verdad e historia” en LATOURELLE, R.-O’COLLINS, G. *Problemas y perspectivas de Teología Fundamental* Sígueme, Salamanca, 1982 teniendo en cuenta la bibliografía allí citada.

necesariamente supone la realidad suprahistórica del Dios fiel a los hombres y a sí mismo, realidad verificada en la “Palabra de la verdad”. Lo cual no se contrapone a la afirmación filosófica de identidad entre ser y verdad pero supera la afirmación platónica entre Dios y la verdad en la medida en que atribuye el “ser verdad” al Hijo (y de otro modo también al Espíritu) como verificación del Padre en una existencia personal diversa. Se trata, en última instancia, de afirmar una primacía del amor pero del amor con “rostro”. Así pues, que Cristo sea el lugar absoluto de la verdad en la historia significa que aquella se hace presente no solamente como verdad revelada (al conocimiento) y verdad realizada (como cumplimiento) sino también y ante todo en forma de símbolo (*sýmbolon-sacramentum*) esto es, en una realidad material e histórica manifestadora y realizadora definitiva de todo sentido posible que, por su mismo ser simbólico, remite al origen supremo de sentido (el Padre) y al principio de las indefinidas realizaciones del sentido (el Espíritu). Finalmente es necesario advertir, siguiendo la misma línea de pensamiento, que el “Espíritu de la verdad” no se da sino en una comunidad humana concreta: ello revela una dinámica que no puede ceñirse ciertamente a los límites visibles de la comunidad eclesial pero que no puede a la vez no pasar por ella<sup>37</sup>.

### Consideraciones conclusivas

Ahora bien, si tomamos los datos de la Escritura y de la Tradición respecto de la concepción de la verdad y apuntamos a recogerlos en función de la situación cultural actual, podemos señalar lo siguiente. Si nos referimos a las nociones de firmeza y conformidad que parecen verificarse en lo teórico y en lo práctico como esenciales de la idea cristiana de verdad habrá que señalar, por un lado, que la estabilidad, solidez, permanencia, inmutabilidad de la verdad se presentan como un primer dato evidente de las fuentes: la inmutabilidad de la verdad cristiana es la del amor divino que no varía; más aún: la del amor que decide y sostiene una alianza eterna y que por ello mismo, por así decirlo, para no quedar en pura veleidad y no tornarse irreal, se reviste de formas históricas concretas únicas e irrepetibles. Tal el caso central de Jesucristo, el que, como “esposo” inseparable de su “esposa” que es la Iglesia - y a través de la Iglesia, de toda la humanidad - contiene, por así decirlo, el misterio mismo de la alianza entre Dios y los hombres que, verificada en una estructura divino-humana,

---

<sup>37</sup>Cf. LG nn.13-16.

está llamada a verificarse en las alianzas de los hombres entre sí y, en primer lugar, en la alianza de la vida familiar (Ef 5) a partir de la cual se erige la entera vida social humana. El misterio de Jesucristo se abre a su vez y necesariamente sobre el misterio mismo de Dios porque los “roles” en el interior de aquella alianza reflejan en última instancia el orden de la existencia “familiar” del Dios-Trinidad. Es aquí, por otro lado, donde entra en juego la segunda idea propia de la concepción cristiana de verdad -lo que hemos dado en llamar “conformidad”- ya que justamente la verdad como conformidad entre palabra-conocimiento-promesa-símbolo cultural y realidad histórica y concreta constituye la estructura misma de realización de la estabilidad, firmeza, solidez e inmutabilidad del amor de Dios de cara al hombre y remite de última a lo que llamamos la “autoconformidad” divina. La conformidad en Dios entre existencia y acción histórica de amor no puede no hablar de la estabilidad e inmutabilidad del amor que Dios es en sí mismo. Dicha estabilidad tiene además una “forma” perenne y supratemporal que es también la de la fidelidad personal perenne: la del Hijo eterno como eterno “sí” de Dios a sí mismo.

La visión cristiana de lo verdadero se aleja así de la tendencia a ver lo inmutable y lo no inmutable en la inevitable - y a la larga irresoluble - tensión entre inmovilidad y cambio - exasperando de alguna manera la antigua tensión Parménides-Heráclito<sup>38</sup> - y se aleja también de la tendencia - derivada de la anterior concepción - a negarle a la verdad una “forma histórica definitiva” sea porque se la saca de la historia sea porque se la reduce de algún modo a ella; se aparta por tanto de la tendencia a pensar a Dios-verdad en la tensión excluyente y/o incluyente entre la “pura forma” y la “no-forma” en las que todo el devenir de la creación y de la historia se encontraría precontenido. Además -y esto los cristianos lo advierten con más claridad hoy que nunca- en la proclamación de la verdad cristiana se da una ligazón necesaria y esencial entre la afirmación de insuperabilidad de la realidad histórica de Jesucristo y la afirmación de la insuperabilidad de la realidad histórica del ser humano personal; en la fe cristológica se halla por tanto la base más firme - si no la única firme - para sostener la dignidad del hombre impidiendo que la persona concreta se diluya en el decurrir incesante y oscuro de la historia o se pierda, como una “formalidad” más, en los vericuetos racionales de los sistemas filosóficos, científicos, económicos, socia-

---

<sup>38</sup>Es evidente que hay una noción de “ser” que, al menos en sus rasgos esenciales, se pone en juego detrás de todo esto. En tal sentido no nos parece posible, hablando honestamente, poder dar cuenta de esos datos, como sucede en algunos casos en la teología contemporánea, con la sola categoría de “acontecimiento”.

les, políticos. Ella hace por otra parte que su afirmación pase a la vez y necesariamente por la afirmación sustantiva tanto del sujeto personal como de sus relaciones y ello apoyándose nuevamente en el modo de existencia de “Cristo-verdad” que es el “Hijo único” y al mismo tiempo no se da sino “de cara al Padre”(Jn 1,18). La concepción cristiana de la verdad es por todo eso más que una concepción: se trata de un proyecto de vida llamado a concretarse culturalmente.

Sin embargo la concepción cristiana de la verdad se encuentra lejos de elevar otras formas históricas de lo verdadero al mismo rango de Jesucristo, o de negar a otras formas históricas de la verdad una relación - justamente la que las constituye en verdad -, con la verdad fontal que en él se encuentra; aunque en tal sentido también se halla lejos de un anteponer las formas históricas de la caridad a la caridad misma o de un anteponer la efectividad histórica del amor a la forma misma del amor: la irrepetibilidad de la verdad histórica de Jesucristo juega en ella en el doble sentido de un único árbol con muchos frutos (Jn 15). Por último se halla lejos del no respetar la integridad misma de la dinámica de donación-recepción de la verdad por el que toda transmisión fiel de la enseñanza, de la palabra y de la ley es siempre vista y vivida en el contexto más amplio de la transmisión efectiva de la vida en la historia por una caridad semejante a la de Cristo, mejor todavía, por la caridad misma de Cristo. Es en este punto donde parecen poder encontrarse ciertos rasgos de la “moderna” concepción de la verdad con la concepción de la fe cristiana: en la medida en que ésta exige una presencia inmediata y efectiva de lo que se dice verdadero; por otra parte lo que cabe llamar la proclamación de una “fuga” o “desaparición” de la verdad en sus representaciones propia de las concepciones así llamadas “postmodernas” podría abrir quizás a la fe cristiana la posibilidad de proclamar el lugar donde se encuentra el “punto de fuga” - pero también de constitución - de la verdad de un amor - y una salvación - inmediato y efectivo: en la siempre mediata presencia de lo no mediable: la realidad del “otro” humano y del “Otro” divino que siempre serán, en sus “rostros” históricos “algo más” que una realidad que reclama el conocimiento y la acción<sup>39</sup>. En todo esto se recupera la dinámica de la transmisión de la verdad pero esta vez considerada ya no como mercancía o instrumento de dominación/desintegración (modernos) ni como puro valor de comunicación, de gozo o de juego (neo y postmodernos) sino como don irrepetible e irrenunciable.

---

<sup>39</sup> Aquí se encuentra, a nuestro parecer, un camino para repensar, de un modo más cercano a la problemática cristológica y antropológica, la cuestión del “orden natural”.